

José María Labayru*

Estando Jesús en casa de Lázaro, le dice a Marta, su hermana: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás”. Por eso, los escribanos de la Ciudad de Buenos Aires, miembros de este Colegio que él consideró su casa, venimos tristes pero confiados a celebrar la vida de José María. No sólo venimos a celebrar que él ya está junto al Padre gozando



de la felicidad eterna a la que todos aspiramos, sino que él fue capaz de hacer que cada uno de los momentos que compartimos aquí, en esta vida terrenal, fuera expresión de esa felicidad profunda, fundada en la paz que irradia quien tiene una fe profunda y hace de ella el fundamento de su conducta. Como un buen cristiano y, sobre todo, como un hombre bueno, un hombre recto, no se limitó a declamar principios, sino a ponerlos en práctica en cada uno de sus actos en los distintos ámbitos de la vida.

Fue un escribano cabal. La profesión fue parte muy importante de su vida. Se enorgullecía de ser nieto e hijo de escribanos, aunque esa tradición no la vivía como un privilegio, sino como un legado que le exigía desempeñar la profesión con rectitud absoluta. Esa historia personal, que él se encargó de acrecentar, lo hizo ejercer valores profesionales que, con gran satisfacción, veía reflejados hoy en Lucila, su hija y colega. ¡Cuántas veces expresó la alegría de haber compartido el estudio de algún tema o preparado un dictamen junto a ella! Cuidaba los formalismos, pero su apego a ellos no le impidió sostener posturas jurídicas originales que hizo valer en dictámenes, acaloradas discusiones y también en acciones judiciales que transformaron criterios jurisprudenciales en temas trascendentes. Fue un estudioso detallista de cada caso en los que

* Palabras pronunciadas por el presidente del Colegio de Escribanos de la Ciudad de Buenos Aires el día 15 de agosto de 2013 al despedir al tesorero de la institución, escribano José María Labayru.

le tocó actuar, buscando siempre perfeccionarse y superarse profesionalmente. Esa inquietud lo llevó a obtener, siendo ya escribano con experiencia y padre de familia, el título de abogado como complemento del de escribano, que había recibido muchos años atrás en la Universidad del Salvador.

En la actividad institucional, José María ocupó distintos cargos en el Consejo Directivo: vocal suplente en 1991 y 1993, vocal titular en 1994 y 1998, vicepresidente en 2003. En esas funciones compartió tareas con varios de los que hoy ejercemos la conducción de la institución. Su participación nunca pasó inadvertida ya que siempre expresaba sus opiniones con vehemencia, a la que su vozarrón hacía más impactante.

Cuando hace cuatro años estábamos conformando el equipo que aspiraba a asumir la conducción de nuestro Colegio, hubo que decidir quién sería el candidato a tesorero, con la responsabilidad que ello implica en una institución de la envergadura de la nuestra. No dudamos en llamarlo para ofrecerle el ejercicio de ese cargo, que su probidad, fuera de toda discusión, iba a garantizar. Su impecable trayectoria nos dejaba absolutamente tranquilos. Una breve charla en el Petit Colón bastó para convencerlo. Compartimos casi cuatro años de trabajo diario codo a codo.

No conozco amistades más profundas que las que se gestan en el trabajo compartido fundado en objetivos y valores comunes. En ese clima, todas las divergencias, incluso las discusiones, que con José María no era difícil tener, no hacen más que afianzar un vínculo de profundo respeto y cariño, que es lo que hace que hoy estemos tan tristes por esta partida.

Encaramos en equipo muchos proyectos de los que él fue protagonista esencial. Sostuvo con firmeza sus posiciones, pero supo adecuarlas a la opinión de la mayoría. En nombre de tus compañeros de Consejo: José María, gracias por toda esa tarea, gracias por tus broncas bien intencionadas, gracias por el buen humor con el que se terminaba toda discusión.

Trabajar con él fue compartir la vida de Nené, su esposa, la de sus dos hijos, a los que adoraba, y la de sus nietos, algunos de cuyos nacimientos fueron motivo de alegría celebrada en el grupo. En esos momentos, el hombre de voz grave y tono fuerte se convertía en la persona más dulce al contar, con frecuencia, los juegos compartidos con los nietos. Con estas anécdotas, sus amigos y colegas pudimos valorar la figura de un hombre cabal, de un escribano exigente, de un dirigente riguroso, celo-

so guardián de las finanzas comunes de nuestro Colegio, pero también la de un esposo, padre y abuelo tierno.

Poner esa energía en el trabajo por los demás y con los demás es sin duda expresión de una vida generosa basada en la fe. Como dijo la Madre Teresa: no pudiste dejar de trabajar. Tendrás toda la eternidad para descansar.

José María: descansa en paz.

CARLOS M. D'ALESSIO

